



SUBSUELO de una situación religiosa

Miguel Aguilar, S. I.

«Mi crimen es metafísico»

(de una causa judicial)

— Aquí vengo a confesar mis negruras. A tí, que posees la elocuencia máxima de escucha profesional, del escuchar eterno, y tienes sellada la fuente de mi infamia — tus labios — con sigilo de sacramento.

— Déjame que de rodillas a tus pies envíe al cielo mi grito salvaje: porque he pecado contra el cielo y ante los hombres. Déjame que te diga todo lo que te voy a decir: todo, menos blasfemia, porque no quiero apagar de un soplo suicida la potencialidad del creer

que aún arde en el hondón de mi alma. Es que me duele la fe que nunca he poseído con principio y fundamento.

— Pero aún no ha pasado mi hora. En mi juventud universitaria todavía estoy a tiempo de atacar el problema de mi reintegración a Dios, de mi reajuste religioso. Mira, he renegado de mis responsables porque no me inocularon las esencias de lo divino: o fué quizás que resbalaron impotentes sobre mi alegre irreflexión e irresponsabilidad. Yo creí

apasionadamente y no concebía poder no creer. Yo sentí mi fe en la armadura de mis huesos y la pulsé caliente en el río de mi sangre. ¡Aquí se oculta mi tragedia! Mi fe es más sentimentalismo que razón: es fanatismo: es la fe del carbonero, pero no el «obsequio razonable» que define la Teología.

— Con tal bagaje religioso, en el que sobran no pocas ñoñerías de abuelas beatas, de evangelios apócrifos y de santos falsificados, saltamos de la Secundaria a los Estudios Superiores. ¿Qué extraño que se relaje el músculo de nuestra religión enclenque, apuntada con alfileres? Pero también me acuso a mí mismo porque soy responsable. ¡Cuántas veces he puesto el celemín sobre la antorcha de luz cósmica que brotaba en mi camino! Y me he obcecado a mí mismo. Pero tú estás bien situado para iluminarme: tú, que te sentaste ayer a mi lado en el mismo banco verde, tú puedes liberarme de mi condena trágica y recrearme a la libertad de los hijos de Dios.

— Me acuso de escándalo metafísico: porque vuelven los antiguos dioses, los falsos ídolos, que nos hechizan con sus preciosísimos intelectuales y nos enredan en la madeja sin fin de nuestro laberinto... Y no poseemos un principio clave, ni asoma por nuestro cielo histórico una fuerza que nos dé a la luz.

— Me acuso de monstruosidad política: Nosotros nos hemos pronunciado desde nuestras tribunas y hemos estampado en nuestros cuadernos verdaderas atrocidades: que nos molesta la intromisión de poderes indirectos en el quehacer del Estado; que el Estado se puede elaborar sus propios dogmas... Duras palabras, expresión de un positivismo jurídico totalitario, que sólo puede excusar la irreflexión.

— ¡La Iglesia! Pero ¿acaso sé yo qué es la Iglesia? Pero si tú y los que os marchasteis aquel día gritáis exultantes que la habéis descubierto ahora, ¿cómo quieres que yo la posea, si nadie me la ha revelado? ¡Ojalá penetrase yo la esencia de la Iglesia!

— ¡El Magisterio divino! ¿Poseo yo acaso el sentido del Dogma? ¿He pasado siquiera el umbral del santuario? Quizá ni he taladrado la cáscara de liturgia y arqueología. ¡Ojalá hubiera yo llegado al núcleo de su

esencia, hasta el *sancta sanctorum*, hasta la substancia de la institución divina sobre la roca viva de Pedro! ¡Ojalá hubiese yo llegado hasta el Cuerpo Místico, con la visión posesiva de Jesús y la inserción personal en esos miembros vivos en comunión con Cristo!

— «Dios hablará esta noche». He leído ese anuncio no sé donde. Tú estarás informado: trásmiteme el mensaje. Porque si Dios habla, es exigiendo que todos sintonicemos con su onda.

— Dime ¿por qué siento yo estas urgencias de revelación? Yo pienso: es que el hablar de Dios debe ser una acción nacida del amor, y el amor es siempre un descubrir lo más recóndito, un entregarse una persona a otra... Pues yo quiero cumplimentar en mi línea la urgencia terrible del mensaje. Quiero nevar de carne y sangre el esqueleto de mi ruina humana y soplarle un espíritu potentísimo, para que yo renazca a nueva vida. Pido a la Iglesia la fe, la fe que me da la vida eterna, la fe que es la revelación misma. Y pido sentirme lleno de respetuoso temor y de verdadero sobresalto por el hecho enorme de que Dios me haya hablado a mí. Yo, hombre laico, quiero hacerme apto para el diálogo con Dios por tu medio, hombre sacerdote.

— Oye, detesto la convivencia de hombres que se han desnaturalizado irracionalmente. Ellos son los propagandistas del crimen metafísico. Me predicán una cultura desintegrante. Yo no puedo concebir una cultura que prescinda de los grandes problemas de la filosofía perenne: el hombre, portador de valores eternos, apoyando su indigencia metafísica en Dios.

— Oye ¿me puedo confesar por mis compañeros? Mira, voces graves han acusado a los chicos de anticatólicos. Ellos no son anticatólicos: quizás anticlericales parcialistas: porque no tuvieron comprensión para aquel hombre del pueblo. ¿Por qué sólo se fijaron en su carencia de aristocracia espiritual? A mis compañeros no los excuso. Me confieso con ellos. Les acuso de sólo haber mirado al hombre, quizás de aspecto no tan educado, de formas quizás toscas. Y olvidaron a Pedro, de manos encallecidas, patrón de jabegotes. Y no se fijaron en la impecunio

sidad de tantos sacerdotes santos, que han renunciado sobrenaturalmente a la posición que por su dignidad y cultura les corresponde, y se han punzado el corazón con un clavo y lo han prendido a la cruz de Jesús, no como mariposa disecada para una infanta coleccionista, sino como trofeo de presencia y testimonio.

— Pero los chicos reclaman al sacerdote. Lo buscan cada día con la linterna de Diógenes a la hora cenital de nuestras plazas:

porque saben ellos que pueden encontrarle. Porque la carrera clerical siempre, si se edifica según la arquitectura de la Iglesia, debe plantar al sacerdote ahí, de pie, erecto, como una columna de fe, como un maestro de filosofía perenne, de ciencia sagrada, de humanismo y ascética cristiana, viable al diálogo con el hombre real de su mundo...

— Ya no tengo más que decirte. Me he trasvasado todo. Ahora dame tú una palabra de luz y de perdón.

11

— Mira, chico, eres dichoso, porque ni la carne ni la sangre te revelan todo eso, sino la luz que baja de lo alto: eres feliz, porque has creído lo que te ha sido revelado y te has hecho violencia para venir a la luz.

— ¿Sabes? «el Reino de Dios padece violencia y los violentos son quienes lo arrebatan.» Esta noche no podemos dormirnos. ¡Cuántos hermanos despistados desde la hora tercia vagan por esos mundos a la deriva, desvirtuadas en sus manos las rosas de todos los vientos!

— Pero tú no te angusties. Tu aguja de marear está bien enortada. No desvíes el rumbo. Enfila aquella montaña de cristal que emerge en tu horizonte abierto: ¡la Iglesia de Cristo! Allí, las gotas de luz de tu lámpara se confundirán en aquella mansión de luz filtrada de la altura, y quedarás tú, todo, místicamente transcendido. La iluminación divina hará caer las escamas de nuestros ojos y reavivará el rescoldo agonizante en nuestro corazón... a condición de que no estorbemos a Dios, sino cooperemos a su gracia. ¿Cómo?

— Mira, te voy a glosar la sentencia de Hamlet: «To be or not to be (voy a interponer esto: humbly) that is the question». ¿Ves? Este es el estado de la cuestión. Ser un filósofo honrado, un teólogo exacto... y un hombre humilde: para captar el misterio de nuestra existencia contingente. Para detectar

nuestra existencia como enrutada al Ser necesario, como proyectada a Él en un ímpetu incontenible de equilibrio metafísico. Quien ha comprendido la absorbencia metafísica de Dios, puede comprender el misterio de nuestro tropismo metafísico.

— Ora y medita. En este alto horno hemos de quemar nuestras materias primas, amasadas con la negrura de nuestra miseria, para vaciar luego nuestro espíritu acerado y templado en los moldes de nuestra proyección. Es hora de velar y de montar la guardia sobre el puente de nuestra barca...

— Porque nos hemos embarcado en una aventura de descubierta de dimensiones, y de dialéctica de integracionismos. Porque somos peregrinos hacia una síntesis vertical y horizontal, cortada en cruz cristiana sobre la esfera flúida de lo universal. La cruz, anclada en la entraña eruptiva de la tierra, se lanza al cielo diáfano y se abre infinita a oriente y occidente en anchura descoyuntada de abrazo hermano: Y aglutina en su curva magnética todas las dimensiones de lo bueno, lo bello y lo verdadero.

— Una plegaria al Padre Eterno, en cuyo pecho misterioso soñamos colgar en un presente eterno nuestro nido de águilas. Una plegaria a Jesús, nuestro hermano de sangre. Una plegaria a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra...